

# Versaciones de un chupaplumas

## Bien podía haber terciado mucho antes

[1]



y nos habríamos evitado el andar teniendo que especificar constantemente de cuál de las dos mujeres estábamos hablando<sup>i</sup>; pero cuando tiempo después y no estando



quizás viniendo ya muy al caso — pero es que, he de reconocerlo, siempre he tenido una memoria buenísima para los detalles que, por pequeños que puedan ser, obstaculizan mi trabajo — se lo comenté a Ramírez él replicó

que no habría servido de nada, que no habría servido de nada porque el padre todavía era mudo y a ver cómo habría podido el chico entender, y menos traducir, unos movimientos de manos que estarían significando “Celedonia”, sí — admitió —, pero era imposible saberlo porque no era “Celedonia” palabra que viniese en el manual del lenguaje de signos.

Y entendí que mal que me pesase tenía razón y que, en resumidas cuentas, tampoco y por mucho que nos hubiese facilitado las cosas el conocer su nombre, habríamos estado eximidos ni a salvo de imaginar — la imaginación es tan atolondrada, tan atrevida y tan casi nada proclive a dejarse guiar por la sensatez ni por la lógica — que esta mujer ya casi anciana pudiese haber sido algún día la joven novicia confinada, en la flor de la vida y contra su voluntad, tras los inexpugnables muros de un convento.

<sup>i</sup> Quiero advertir aquí al lector de que no debe dejarse inducir a confusión incurriendo en el error de suponer que al mencionar a “las dos mujeres” nos estemos refiriendo a ésta, la de las botitas, y a aquella otra de los boquerones que, por enigmáticas razones que escapan a nuestra comprensión, figura en alguna parte como “de los salmonetes” e incluso, en alguna otra, la “de las sardinas” y que es, en ambos casos y de eso sí que estamos seguros, la de las sandalias de tacón que había estado toda la tarde sentada en la butaca de la habitación del fondo. (Nota del autor).